

El Samurái

Octavio Monti



Capítulo 1

Cuando entró en la gasolinera, estaba casi seguro de que lo habían visto; el hambre pudo más. La humedad había arruinado el lugar; entre los escombros, alguna rata asomaba su rostro curioso. Se arrimó a las heladeras que hacía eones no funcionaban; casi todo robado. Alcanzó a rescatar una gaseosa; estaba caliente y sin gas, pero fue como un néctar que se le escurría entre los dientes. Pasó de largo de un mapa de la provincia; cómo si no supiese a dónde iba. Encontró una bolsa de arroz y una lata de duraznos en conserva; más que suficiente para satisfacer sus expectativas. Afuera del edificio se había alzado un viento cortante. Revitalizado por el alimento, retomó la marcha.

Cuando la estación ya era un punto en el horizonte, comenzó a verlos por el rabillo del ojo; se desprendían de los bordes de la carretera como hojas arrastradas por el viento. Sopesó la espada que colgaba de su cintura y se giró de imprevisto. Eran casi cuarenta.

A través de sus visores, podía distinguir las facciones escamozas, los ojos inyectados, la boca cargada de veneno:

-¿Desde hace cuanto que me persiguen?

Uno de los mutantes, un hombre reptil alto y delgado, se adelantó:

-Te detectamos cuando rodeaste el bosque para evitar el gas malévolos.

"Imbécil", se maldijo. Empezó a mover los brazos para entrar en calor:

-¿Qué quieren?

Los reptilianos comenzaban a cerrar un círculo en torno a él:

-Deja tu ropa, la mochila...y eso.

Notó como los ojos del mutante apuntaban a su espada:

-No está hecha para ustedes. No podrían usarla ni aunque quisiera dárselas.

Los hombres reptil empezaron a jadear efusivamente; la saliva ponzoñosa se les caía de los labios.

-Creo que haremos el intento.

Suspiró; era una respuesta obvia. Se acomodó el sombrero de paja que llevaba sobre la cabeza; con el rabillo de ojo divisó a un par de mutantes

que cargaban palos y piedras. Deslizó los dedos al rededor de la empuñadura.

Era como pintar un cuadro. Su pincel se movía entre las figuras; fino, silencioso, danzarín. Las explosiones de color brotaban bajo el cielo blanquecino; su batuta podía conducir los sonidos más improbables. Era el arte que fluía por todo su ser, ejecutado con precisión mortífera. Por fin su obra encontró final; la orquesta calló de un momento a otro. Envainó.

El samurai se fue bajo una lluvia fría, que de a poco empezaba a disipar la sangre que ahora manchaba el pavimento.